

Palabras en tiempo de exilio

Fernando Vidal *

Entrevista a JOSÉ MARÍA MARDONES

José María Mardones, conocido por todos por su constante presencia intelectual, cívica y cristiana en la opinión pública y en la Iglesia, es doctor en Sociología y Teología, trabaja como investigador del Instituto de Filosofía del CSIC en Madrid y participa en vivas iniciativas eclesiales y sociopolíticas. Todo desde una intensa pasión por la Justicia: "sólo comenzando con los de abajo es como se puede abrazar a todos", dice en medio de la conversación. Como los profetas, él narra siguiendo esa dirección: abajo y profundo.

El año pasado ha publicado el libro Neoliberalismo y religión (Editorial Verbo Divino, Estella, 1998, ISBN 84 8169 270 0) que recoge algunos de los artículos y conferencias más interesantes que ha escrito últimamente, junto con otros materiales inéditos. En el libro nos encontramos el mejor Mardones de siempre: un autor de palabras nuevas y oportunas, de crítica recia y pausada, de un lenguaje directo y pedagógico.

Le encontramos, como siempre, viajando de aquí al otro lado del Atlántico, pero muy puesto en su lugar. Esta vez, a punto de partir para México mas dispuesto, con generosidad, a pararse un tiempo para comentar las principales propuestas de su último libro y otras inquietudes a propósito de su lectura.

* Profesor en la Universidad de Comillas. Madrid.

F.V.: En tus escritos hablas de la emergencia de un nuevo sincretismo que llamas neognóstico, ¿en qué consiste?

Hay quien calcula más de tres mil magos en Madrid: casi tantos como sacerdotes y religiosos a la vez. Parece que sí hay indicadores de una tendencia difusa pero extensa.

¿En qué consiste? Los nuevos cultos son formas terapéuticas de combatir el sinsentido que combinan a discreción tradiciones y nuevas ciencias psicológicas, energéticas, ecológicas, etc. Ese nuevo sincretismo actúa con los modos de comunicación de la publicidad actual, sigue ciclos de moda y su difusión es planetaria.

F.V.: ¿Esta religiosidad no es una reacción adaptativa a las transformaciones inciertas que vive el final de siglo?

Efectivamente, creo que esta religiosidad neognóstica es una reacción defensiva a la incertidumbre de la sociedad caótica en que vivimos. Frente a riesgos a los que no sabemos cómo responder instrumentalmente, se buscan soluciones esotéricas.

De todas formas, hay que señalar que estas respuestas no tocan a la realidad sino que contentan las inseguridades personales adaptándose a los dominios sociales. Efectivamente, es una reacción adaptativa al sistema: las instituciones que en el sistema neoliberal se encargan de la producción cultural no dan respuestas al problema del sentido sino que sólo buscan que el enfermo se sienta mejor.

F.V.: Es curioso comprobar cómo existe una multiplicación de formas culturales microsociales a la vez que se reducen las alternativas macrosociales. Quizás esa pluralización es una forma de querer anular la potencia de lo sagrado...

La globalización cultural actúa homogeneizando funcionalmente todo, aunque diversifique las expresiones diferentes hasta tal grado de relativización que se vuelven irrelevantes.

F.V.: Se ha podido también observar en las últimas dos décadas una expansión del fundamentalismo: ¿qué conexiones hay entre esa reacción fundamentalista y la neognóstica?

El fundamentalismo pliega la religión al sistema y el neognosticismo disuelve la dialéctica con lo social al significar únicamente lo individual-sensible: las dos son soluciones falsas de un pensamiento débil al problema de la seguridad.

F.V.: Ese sentimiento de inseguridad forma parte de la psicología del nuevo sujeto de entre siglos, pero no tiene por qué ser exclusivamente negativa.

Toda transformación social profunda, como la que estamos viendo, dispara una crisis que afloja los controles sociales y da sensación de decadencia, pero a la vez esos agujeros de dispersión son incentivos para la búsqueda creativa de nuevas posibilidades e integraciones sociales.

F.V.: Estos fundamentalismos parece que se han apropiado simbólicamente de la tradición, pero la tradición, especialmente la cristiana, es una fuente renovadora. Quizás se ha minusvalorado en bloque lo tradicional...

Las tradiciones, como memoria del horizonte histórico, pueden ser una fuente constante de renovación e iluminación, pero siempre que permanezcan abiertas, en diálogo con su tiempo. Por el contrario, hay un riesgo de que las culturas con raíz desvaríen hacia grupúsculos sectarios encerrados en sí mismos, recreando de forma narcisista sus propios rasgos culturales, religiosos o estéticos.

F.V.: ¿Cuál es tu parecer sobre los movimientos de cristianos que aparecen en la Iglesia con esa mentalidad fundamentalista?

Se pretende clausurar el ciclo renovador conciliar, que algunos califican de protestantización de la Iglesia católica, desde la reacción. Se ha creado un clima propicio para

la prosperidad de grupos defensivos de lo institucional, que pretenden una segunda ingenuidad que rechaza el diálogo real con la modernidad o la autocrítica. Más bien parece una vuelta a la premodernidad y a un refugio dentro de los muros eclesiales.

F.V.: Con esas perspectivas, ¿cuál es el panorama futuro de la religión en España?

El tono predominante vendrá marcado por el tradicionalismo, la reagrupación confesional, la resistencia de las comunidades de base y el auge de la religiosidad popular de romerías, tamboradas, procesiones, etc. Es un mosaico vivo con un potencial de apertura a lo sagrado que está esperando acompañantes en la fe que sean pacientes, creativos y sagaces.

F.V.: Esos acompañantes lo tienen complicado para realizar su labor con un ambiente neoliberal en el mundo y proteccionista en muchos centros eclesiásticos.

En ese clima no se dan condiciones para el florecimiento de las comunidades de base o del compromiso cristiano desde la izquierda política. Por el contrario, no es demasiado atrevido predecir su lento e inexorable declive. Bastante tendrán con resistir y subsistir.

F.V.: ¿Qué vías ves tú para el fortalecimiento de las comunidades cristianas de raíz liberadora?

La revitalización del cristianismo liberador, que simbólicamente representa el movimiento de comunidades de base, tan necesaria en nuestra Iglesia, se jugará en la capacidad de conjugar la dimensión profética con la experiencia espiritual, la atracción de jóvenes generaciones y la perseverancia en unas tareas que se avecinan difíciles.

F.V.: ¿Y esa revitalización del cristianismo liberador no pasa también por encuentros, alianzas y síntesis entre distintos carismas eclesiales como los de los movimientos de los órdenes religiosos como salesianos, franciscanos, vicencia-

nas o jesuitas, la Acción Católica general y obrera, las comunidades de base, etc.?

Sí, sí, es necesario un reencuentro. Por ejemplo, recientemente Elizondo ha sugerido la posibilidad de un encuentro entre las comunidades eclesiales de base y el pentecostalismo. Sería unir la espiritualidad como experiencia de gratuidad, encuentro amoroso e intimidad con Dios y la conciencia estructural y la pasión por la libertad y la justicia. Son síntesis necesarias pero, al menos en la realidad próxima, todavía lejanas en el tiempo.

F.V.: Desde luego, por lo que dices, es imprescindible la potenciación de la espiritualidad y la personalización de la fe como premisas para que crezca el cristianismo liberador.

Sin revitalización de la vivencia personal y sin comunidades que testimonien la causa del hombre como la causa de Dios, no hay salida. Se requiere una verdadera inmersión en las raíces de lo evangélico como condición de su revitalización y una expansión testimonial y solidaria hacia la sociedad como modo de presencia real.

F.V.: En tu libro escribes sobre el actual desfallecimiento ideológico, pero también de posibilidades inéditas de crítica, apertura a lo sagrado...

Hay autores como Beck, el teórico de la sociedad de riesgo, que llega a decir que ahora justamente, tras el colapso del muro soviético, se dan condiciones más favorables para la crítica, ya que ésta está libre de los corsés que imponían las poderosas academias marxistas. También es claro que crece el malestar social en una sociedad progresivamente anómica y dualizada. Hay motivos crecientes para la crítica y la rebelión.

F.V.: Ante eso tú te muestras contrario a estrategias de puro antiliberalismo a ultranza, negaciones radicales...

Sí, porque claramente suelen conducir a neocomunitarismos de corte autoritario o arcaísmos intolerantes.

F.V.: En parte podrían entenderse también como excesos gritados desde una situación de dolor por la exclusión. Si algo nos han enseñado estos años de fuertes discusiones es la validez de la creación ideológica pero, sobre todo, la primacía del lugar de creación, el "desde dónde", ¿no?

Sí, es claro que lo sagrado se nos hace presente en los de abajo, en los pobres, vencidos y humillados. Es un sagrado invertido, donde la fascinación y la repulsión aparecen en la inmensidad de rostros humanos golpeados e implorantes. Lo sagrado se ofrece en los desechos de la globalización, en los dolores provocados por palabras tan inocentes, objetivas, técnicas como flexibilidad, competitividad o desregulación.

F.V.: ¿Éste sería el test de autenticidad de lo religioso?

Sí, lo sagrado que no pasa de alguna manera por el dolor de los pobres de este mundo, no es verdadero.

F.V.: Seguro que la religiosidad que emerge desde ahí debe ser muy distinta al neognosticismo.

Debe ser una religión humanizadora, es decir, una moción emancipadora o liberadora, fiel a su sello bíblico cristiano. Hay una tarea de protesta y resistencia, de creación de lugares de libertad, zonas liberadas, que defienden de la tiranía del pensamiento único y débil que cierra a lo sagrado y la novedad humana.

F.V.: Y cambia también el sujeto de la religiosidad.

Porque no debe ser un proteccionismo paternalista sino que genera sujetos recios en un mundo incierto. Para ello son imprescindibles la experiencia jugosa del misterio y responsabilidad ante lo sagrado del Hombre, vivencia personal de la fe, conciencia de la dimensión política de la redención...

F.V.: Perdona, pero quisiera que ampliaras ese concepto que usaste antes: zonas liberadas.

Cuando hablo de zonas liberadas en mis escritos, estoy hablando de la importancia para los creyentes de perseguir y proseguir la formación de grupos y comunidades que vivan un estilo de vida diferente del predominante y que esté orientada por el Evangelio. No lo presento como una alternativa al sistema, sino como una labor de termitas que no se rinden y que tratan de erosionarlo en lo que puedan. Deducir de ahí una alternativa socioeconómica me parece excesivo. Es más modestamente un trabajo de mesianismo de resistencia, de no entreguismo y de persistencia en la esperanza cristiana. La labor de una alternativa la debemos buscar los creyentes y no creyentes.

F.V.: En tu libro las propuestas sobre religiosidad surgen de las preguntas y problemas de la realidad y a la vez la atraviesan dando respuestas y soluciones. Tu análisis de lo religioso se basa en un serio análisis sociológico y sociopolítico. En esta segunda parte de la conversación me gustaría que tocáramos algunos asuntos de ese análisis sociopolítico. Señalas dos conjuntos de problemas: uno derivado del sinsentido por la incertidumbre y otro de la exclusión injusta de personas y pueblos. Ambas se unen en un sólo modo de globalización que criticas y sobre el que animas a tomar mayor conciencia.

En general, el tener una conciencia global y estructural no es fácil. De ahí que no nos tiene que extrañar el que no se posea. Es verdad que las condiciones que vivimos con unos "mass-media" que nos ponen en contacto con lo que sucede en la otra parte del globo, proporciona una cierta visión cosmopolita y global. Además se tiene conciencia de que nuestra cultura y situación es "una" entre otras muchas. Estos fenómenos hacen que crezca la reflexividad social de nuestro tiempo. Esa reflexividad es "conciencia social", no dotes o talentos personales y la proporciona la situación sociocultural que vivimos. Desde este punto de vista, hay una innegable elevación de la conciencia global y macrosocial. Pero también ocurre que los "mass-media" nos dan un alud de información en la mayoría de los casos sin ordenar; lo importante se junta

a lo trivial. Se da una pérdida de axiología o de valoración de las informaciones que Baudrillard ya señaló hace bastante y que funciona como un enturbiador social. Se termina no teniendo nada claro.

F.V.: Incluso se pierde la conciencia de tiempo y espacio. Castells, en su trilogía sobre la sociedad informacional, advierte que se impone una referencia existencial en la que desaparecen el tiempo y el espacio, o la memoria histórica y los lugares reales.

Insisto en que la aceleración del cambio o, mejor, de las informaciones sobre la realidad que vivimos puede ser evasiva. No se tiene horizonte donde colocarlas y se termina engullido por la marea. El ritmo del cambio –que quizá gira sobre sí mismo– produce vértigo.

F.V.: Esto señala a la educación como uno de los medios de cambio más importantes.

Formar la conciencia en este terreno es cuestión de educación crítica y de educación política. Son dos temas muy necesarios que corren el peligro de naufragar hoy día.

F.V.: ¿Y cómo puede responder el sistema educativo a las nuevas incertidumbres y, sobre todo, a la apertura al "otro" que excluimos?

Hay ya muchas iniciativas concretas. Incluso, que yo sepa –y sin duda habrá muchas más iniciativas de este género–, funciona una revista o taller de educación solidaria que anima Leandro Sequeiros y otros educadores desde Córdoba. En mi relación con algunos educadores veo que existe una sensibilidad entre los maestros por integrar a los niños inmigrantes, interesar a los compañeros en la religión y cultura de ese niño extranjero, celebrar sus fiestas principales o, por lo menos, explicarlas, etc. Me parece muy importante este trabajo y esta sensibilidad para la socialización global de hecho y desde la práctica concreta. Si se persiste en esta práctica estoy convencido que dará frutos de tolerancia y convivencia

reales, de apertura y conocimiento de “los otros” distintos y distantes.

F.V.: Pero para alimentar esa educación son imprescindibles contenidos. Tengo la impresión de que se ha impuesto un pensamiento débil y que la “cultura dura” (investigación, formación, lectura, etc.) no es sólo impopular sino cada vez más difícil de generar.

Frecuentemente advierto un gran desconcierto en muchos de nosotros. El problema ante lo que nos sucede es que carecemos de perchero para colocar y ordenar los sucesos de nuestro mundo. Y poseer este cuadro explicativo o perchero no es nada fácil, ni siquiera para el presunto especialista.

F.V.: Hay unas incertidumbres propias de un sistema social cada vez más complejo que, a su vez, son empeoradas por el mal oficio del neoliberalismo, ¿no? El neoliberalismo ha pilotado de forma nefasta este cambio de época.

Se avista un triunfo del sistema democrático capitalista con una contradicción: por una parte reconocimiento general de la virtud de la democracia y, por otra parte, la percepción de su cada vez mayor debilidad e impotencia. Esto sucede porque la mundialización está suponiendo el descontrol de la economía, sobre todo financiera, y la subordinación del poder político a la misma. La pérdida de influencia del Estado disuelve sin un futuro claro las alianzas de solidaridad entre ciudadanos. La solución neoliberal es prosperidad a través de la desintegración. Su aplicación ha dualizado el mundo y los países llevando a muchos a la ruina total mientras los países poderosos del Norte se enriquecían más y más.

F.V.: Esto apunta a un orden internacional distinto que cuestiona las solidaridades intraestatales.

Lo primero que tenemos que constatar es la crisis del Estado en el momento actual. La globalización económica, especialmente financiera, ha puesto de manifiesto su

incapacidad para manejar la economía. Se necesita recurrir, como se está haciendo, a unidades regionales mayores. Y, sin embargo, desde el punto de vista de la identidad y del sentido, el Estado-nación es demasiado grande, como ponen de manifiesto las tendencias nacionalistas.

F.V.: Esa internacionalización no sólo cuestiona la escala de los Estados sino también de otros actores sociales importantes.

Por ejemplo, respecto a la situación del trabajo pasa algo parecido. Los sindicatos todavía no se han reorganizado al ritmo que solicitan las circunstancias, especialmente la internacionalización del capital. En este momento el trabajo está a merced de las exigencias de flexibilización y competitividad declaradas por el mercado. Los sindicatos se han mostrado incapaces para hacer algo con ese contingente de parados de larga duración, de gente sin posibilidades de empleo. Es la exclusión social que, como dice con lucidez Dahrendorf, forma el subproletariado, los olvidados por todos porque no representan ni una nueva fuerza productiva ni un colectivo con el que hay que ajustar cuentas.

F.V.: La solución parece ser la formación de nuevos actores jurídicos con la soberanía de la Humanidad.

Esta situación está pidiendo toda una serie de reformulaciones de tipo no sólo sindical sino económicas y de derecho. Necesitamos una instancia internacional que controle la economía especialmente financiera y nos defienda de sus desmanes; precisamos un derecho o medidas legales para que las multinacionales no se evadan sistemáticamente del fisco, etc. y necesitamos (en esto la insistencia de Touraine es grande) una movilización ideológica, política y sindical, ciudadana, que ponga en evidencia la irracionalidad del mercado y los peligros de una desprotección ante el sistema.

F.V.: En esa idea hay cada vez mayor coincidencia al evaluar las dos últimas décadas, pero donde existe más confusión

es en las alternativas para superar el paradigma económico neoliberal.

La alternativa es profundizar la democracia y la aplicación de un nuevo concepto de crecimiento económico que incorpore la autolimitación y la universalización.

F.V.: ¿Qué posibilidades ves que se apuntarían en los brotes utópicos que resisten o se crean en los resquicios o residuos de la globalización?

Las utopías actuales expresan la situación de umbral de cambio en que nos hallamos. El rechazo se dirige hacia la primacía de lo funcional, logicista, rentable, individualista, consumista... Hay realmente cansancio ante los efectos depredadores del estilo de vida neoliberal. No es un rechazo frontal a lo instrumental, pero sí a que esa lógica lo colonice todo en detrimento de la lógica del don y lo relacional. Se atisban posibilidades inexploradas, todavía débiles pero suficientemente fuertes como para presentar una civilización futura de la solidaridad con la naturaleza, con los otros y con el misterio que recorre la realidad.

F.V.: Unos protagonistas cruciales de esa resistencia y trabajo solidarizador son las estructuras intermedias de la sociedad civil o el Tercer Sector. ¿Qué retos se plantean las asociaciones civiles ante este panorama?

El gran reto es la profundización o radicalización democrática. Y se está constatando una sensibilidad que apunta para ello a una estrategia desde abajo, sin olvidar que también es necesario contar con las instituciones y aparatos o desde arriba..

F.V.: Al hablar del desde abajo, parece que hay muchos "desde abajo" a los que poder agarrarse.

Claro que hay muchos desde abajo: el cercano a cada cual, los lugares naturales de la presencia personal, los grupos y asociaciones que se mueven en la cercanía de las personas, las organizaciones intermedias... Pero el

énfasis en el "desde abajo" insiste en un aspecto que me parece correcto en este momento globalizador: el sistema no controla ni puede controlar todo, menos aún estos rincones sociales pegados a la vida cotidiana y a las vidas de los ciudadanos.

F.V.: Y precisamente en ese cotidiano es donde las asociaciones civiles cumplen con más fuerza su función. Precisamente Lenoir, un autor de la Francia de los sesenta, define las asociaciones como los "sindicatos de lo cotidiano".

Y ahí pueden introducirse y ejercitarse esas actitudes y valores morales que tienen que acompañar a una profundización democrática: la participación y responsabilidad ciudadana, la solidaridad con los menos favorecidos, la preocupación por lo que es de todos, el cambio de estilo de vida, la elevación de los valores morales...

F.V.: Por lo que dices, parece que las asociaciones desplazan su función hacia el mismo hecho de ahondar la condición de ciudadanía.

Sin este ejercicio de ciudadanía responsable no podrá haber profundización democrática. Y sin una elevación de la conciencia moral, problemas como los de la integración de los inmigrantes, solidaridad con otras naciones, atención a la gente mayor y sola, la responsabilidad profesional en la sanidad, educación, en el tráfico, etc. son impensables. Desde esta perspectiva es muy importante el asociacionismo civil para la construcción de una sociedad democrática y profundamente humana.

F.V.: Pues para ello habrá que tomar medidas especiales para promover un asociacionismo que teja ciudadanía, especialmente en las clases populares.

Hay un gran trabajo de educación y movilización. El asociacionismo no se improvisa. Además cada colectividad debe contar, como señala Tarro, con su capital asociativo o tradición asociativa. Es conocido o repetido el menor interés de los latinos por el asociacionismo com-

parado con los sajones y germanos, aunque les ganamos en redes informales.

F.V.: Como la familia, por ejemplo, que conforme nosotros comenzamos a perderla, desde fuera se nos dice que es el recurso más importante de nuestro patrimonio cultural, social y económico. Las redes informales sean vecinales, familiares o amicales, son piezas cruciales en esa labor de solidarización.

En una sociedad como la nuestra, donde es la misma estructura social la que constituye una amenaza al constituirse una sociedad de riesgo, es importante crear una red o redes sociales de defensa y seguridad: ante la exclusión social del sistema neoliberal, ante la pérdida de sentido y orientación. Para ello la vinculación de muchos pequeños grupos e iniciativas, de instituciones y de ciudadanos responsables y participativos, crearía una red de relaciones y de seguridad. Pero cómo se llega ahí es una tarea de concientización e implicación social.

F.V.: Entre los actores emancipadores que actúan en nuestra sociedad, han tomado mucho protagonismo las ONGD.

La sensibilidad expandida por las ONGD es muy importante. Sucede como con otros movimientos sociales que constituyen, como dice Melucci, unos nómadas del presente que funcionan como comunicadores sociales de unos problemas y contradicciones sociales y de una solidaridad. Hay una función de educación moral de la opinión pública que cumple el movimiento solidario. Elevan la conciencia moral de los ciudadanos frente a los comportamientos puramente interesados en la satisfacción de los propios intereses. Nos descentran a todos de nuestros intereses fijados en el aquí y ahora y nos proyectan más allá de nuestras fronteras nacionales.

F.V.: Esas virtudes son ciertas, pero también ha habido críticas a la actuación de muchas ONGD.

De nuevo aquí volveríamos a la cuestión de que no basta atender unas necesidades si se pierde de vista el

conjunto. Una solidaridad efectuada sin visión global y estructural está presa del momento y de la compasión asistencial. Para que sea algo más, esto quiere significar la "D" añadida a las siglas de "ONG", tiene que tener una conciencia ideológica y política que sea estructural. Es lo que creo que intentan las ONG que incorporan la sigla "D" de Desarrollo.

F.V.: Las ONGD han sido muy sensibles a las críticas y responden creativamente, ¿no?

Han reaccionado bien ante las críticas que las hacían cómplices del sistema y lubricadoras de las contradicciones del sistema, Más difícil es hacer llegar esta conciencia a los colaboradores coyunturales y movidos por la compasión del momento. Pero su presencia activa ejerce de educador social y moral.

F.V.: A ese movimiento democrático de internacionalización, el universalismo católico tendría que ser una contribución fundamental pero, contradictoriamente, con frecuencia no lo es.

El universalismo católico es un ideal que recorre la fe cristiana antes que una realización. Por eso no hay que extrañarse que a los creyentes católicos les suceda como a la mayoría de esta sociedad donde vivimos: somos provincianos y nacionalistas en nuestros intereses. Defendemos nuestros intereses culturales, sociales, a menudo eurocéntricos u occidentales como sabemos, antes que ser verdaderamente católicos o universales. Pero el aguijón de la crítica está en la misma constitución de lo que aspiramos y queremos ser. De ahí la grandeza que contrasta con la miseria real, del intento de ser verdaderamente católicos.

F.V.: La acción pastoral de la Iglesia ha acentuado en los últimos años esa catolicidad, ¿no?

Estos años postconciliares han conocido el descubrimiento e insistencia en el criterio de nuestra catolicidad: tiene que ser una catolicidad que exprese y represente a

los pobres y víctimas de este mundo. Sólo cogiendo a los de abajo se abraza a todos. La verdadera catolicidad coincide con la realización de este criterio. Es un criterio muy bíblico, del Dios de la viuda, del huérfano y del extranjero, del Jesús de la Cruz, pero muy exigente. Exige una conversión o revolución permanente.

F.V.: Hay un momento en que escribes que hay un tiempo para la cólera y el cambio, un tiempo para el asentamiento y la institucionalización, un tiempo sacerdotal y burocrático, tiempos sapienciales... ¿Qué tiempo nos toca vivir aquí y ahora?

De este último tipo, un tiempo sapiencial. Sospecho que no es un tiempo de gestos proféticos a lo Amós sino más bien de gestos cotidianos y cercanos a la vida. Hoy nos rodea la impotencia ante el gran imperio, la falta de alternativas, el cierre de horizontes: es un tiempo de exilio. Y el tiempo de exilio es apto para la purificación y la sabiduría un poco ácida. Pero es igualmente tiempo del Señor. Hay que seguir atentos y vigilantes a la espera de dónde nos conduce el Libertador. Hay que practicar el mesianismo de la resistencia, del silencio interior, del empeño paciente. No veo perspectivas cercanas en el horizonte, aunque las condiciones objetivas están dadas para que quizá se encienda la chispa en algún momento.